

Balada para Pereza

Carlos F. Ortiz



Balada para Pereza

Carlos F. Ortiz



Chilpancingo, Guerrero 2013

*Estaba pensando en escribir un poema
sobre la pereza.*

*Pero, como esto necesita
un bolígrafo y un papel
abandoné la idea.*

SALAH HASSAN

*Hay una pereza activa
que mientras descansa piensa,
que calla porque se vence,
que duerme pero que sueña,*

AUGUSTO FERRÁN

Es viernes,
no hay cartas bajo la puerta.
En la casa basura,
dientes que hieren.
Sobre los tendederos frágiles suicidas.

Pequeñas gotas de palabras golpean.
Tengo sed.

La nada se arrastra despacio,
tira mordidas a diestra y siniestra.
Amarga la noche trae olores
a mariguana y cerveza.

Hermética pasea libre por los campos,
balbucea tristezas heridas.
Mujer nómada, bestia húmeda
que unge sus aceites agrios en sus labios,
para besar la noche, el cuerpo celestial de
Pereza,
la amada, la hostil doncella con rostro de ave,
estatua rota, incendiaria.

Pereza misma corre, y grita,
ya es tarde, ya es tarde,
vámonos.

Hermética ríe desde un rincón de la
habitación,
ya no hay memoria, sólo el eco y el polvo.
Pongo los libros en cajas, los trastes, los
discos,
las películas, una botella de vino.

Queda el frío,
bolsas negras de basura compradas por kilo.

A mala hora llega la noche,
astillada la luna entra,
bebe un poco de mis labios,
fragmenta mis dientes,
muerde despacio mi lengua,
huesuda husmea mi alma ardiente.

Se acuesta largamente sobre unas hojas sueltas,
hace de su nombre, ángel minúsculo en la punta de mis dedos,
inunda el aire con su voz, perfora mi carne,
me invade todo, no hay batallas ni objeciones,
tercera.....
adjetivos ni cántaros.

Me lleno todo,
me pueblo de sus certeza de océano.
Silba afuera el árbol, mmmmm que chapalean en la luna,
-como que llaman para decirme algo-,
ignoro su canto, el volumen de sus ramas,
los insectos anidados en su corteza,
su vegetación de palabras,
la somnolienta ilusión de su sombra partiendo el patio.

Apenas alcanzo a mirar las pequeñas alas de su casco,
las hullas de sus sandalias.

*Escudriña la desnudez de mis manos,
-el desvanecido lenguaje del mundo-,
como si fueran bueyes,
dioses hechos piedra.

Hay un vértigo, una tendencia a caer,
romper su nombre.

**Ella estaba allí.*

*Sin la luz de la tarde,
sin la consigna de las sombras.*

Despierto bajo la lluvia. Pereza se enrosca en mi pecho, nace orgullosa entre los pliegues de la sábana manchada de semen, la almohada tibia lívido cuerpo de Hermética.

-Hermética hija del dolor- descuerpo su cuerpo- dispersión del abismo, entornillo su huesudo silencio de mugre, también beso la cálida embriaguez de su aliento.

Hermética infinita enciende los muebles, se corta las manos, ladrona incurable.

Es viernes y tu nombre no llega en las postales.
Tengo la certeza de ser infeliz.

Me gustaría dejar los brazos de Pereza, decirle que la pasión no puede vencer los puentes, que el miedo por fin es más tangible que su rostro blanco. Me abrazo a ella, la mañana no es tan perfecta, sus pezones recuerdan un lento dedo sobre el poema, el punto y seguido que da la pequeña pausa para acomodar la idea. Los signos que habita en silencio.

Hermética se instala en la sala, enraíza hija de piedras deidades su carne en loza. Absurda arde, bonzo cuerpo de flama, calienta el aire, se desnuda, ombliga los cuerpos, ombligo centro. Finísima masturba, silencia esotérica, mi cuerpo.

Mentí.

Cada palabra llevaba tu sexo.

nocturno ojo al centro

dame tarde de golpe

setenta pesos para un *Six Pack*.

Dame purpúreo gozo de metal en la boca.

Siempre de alguna manera esperamos la lluvia.

No hay razón, pero es la palabra, el antes del golpe, el entonces de la sangre.

Atisbar por tu carne y extender los brazos como falsas alas sobre la inútil tarde de marzo, es la única verdad.

*apenas odio tu nombre, y la virtud por vocación de la mentira,
las flores como manos muertas que cuelgan de tus ventanas,
apenas.*

Muere el viento desde tus ojos la eternidad lamenta, ríe un hombre retratado por la furia de la memoria.

*todo lo has perdido en el catéter delicioso de la muerte.
Mariposas de excrecencias. Amada al otro lado del espejo,
nadie mira.*

Recuerdas memoria tan bella, un *long play* de verano, paseos en el parque, el cine a las siete de la tarde, el helado *chococrisposo* con vainilla, la mano distraída que tocaba las piernas marmoleadas obsidiánicas , púberes intactas, tan oscuras.

Apenas la puerta, la cruz cerrojo, vigía furiosa.
Bebemos un poco letras sobre la hoja.
Se termina la cerveza, la lluvia oficia lenta la carnicería voraz.
Detienes tu mano antes de llegar al punto,
ensayas una sonrisa, leve si puedes:
suave.

-A mi me gusta mirar como la pecera se llena de mierda-
escribes terrible sobre el mantel.

Pereza empaca los restos del día, guarda todo en una maleta, el corazón de una manzana, las uñas negras, las hojas secas de la noche mala, que hace años ya no da flor.
Ella mira el pez, circula, ruda en su órbita, maromea en su mugre el pez.

Estoy tendido en la cama,
gozo el espacio inhabitado,
la ausencia, de antes del medio día,
observo por la ventana el pasar lento de navíos transparentes.

Conozco los suspiros, su aliento entrecortado,
las fotos en la pared, el eco perdido,
en la sala, de sus botas de piel.
Por la ventana el árbol, la sonata de sus hojas,
las luces analgésicas de las tinieblas.

En el límite el cuerpo de Pereza a mi lado, siempre ahí tibia.
La ciudad se apaga, ciega asemeja una ola que se rompe,
un relámpago lleno de miedo como tigre en la sala,
sin *whiskas*, ni latas de atún.

Es viernes y lo sabe.
Mañana el olvido,
las caricias, el beso,
el glande hinchado,
las venas a reventar,
los suspiros,
las uñas surcos,
el sudor lento arroyo,
rumores de hierro.
Y que decir.
Lo sabe.
Mañana el hondo silencio.

Murmura delirios de gotas,
la claridad de la idea en llamas,
errática su sangre descende al abandono.

En ruinas el mundo.
Infinita lágrima de hambre,
la eternidad distraída muerde
la derrota del hombre.

Derrama sangre como café negro la tierra.

El tedio.
Una canción luego la otra.

El dolor.
El gramo de Dios de todos los días.

El triunfo de Pereza sobre tu carne.
Ahí tatuada, al límite la nostalgia,
el llanto y los rezos.
Abrazas a Hermética para despertar.

La lluvia golpea los cristales,
llora el cuarto humedad de cuerpos.
Florece poema en el sudor que escurre por tu espalda.
Aprietas, bailas, husmeas insomne las ropas de la caja.

Los olores.
Aromas que bebes.

Más grande que mi pecho,
que el deseo su nombre,
ilumina la mañana.

Aún más grande que el poema,
que la celebración de Pereza,
que el silencio de Hermética su nombre.

Más grande que la voz de su silencio,
los colores de sus ropas, de sus mejillas dulces,
el paisaje de sus veintitantos años que guarda celosa,
con el rubor del alba, la canción desnuda,
el trinar de la nostalgia de los pájaros,
del libro en el buró, el olvido de pagar las cuentas,
el corte de la luz, la ruina que se convierten mis ruinas.

Más grande aún.

A veces/ da tener/ no tener verso.
El golpe/ íntimo
 la voz sombra/
que más da/ tener/ canción/ Pereza
Boca sangra oculta/ animal hembra/
da igual/ a veces/ lo real del método.
Eso/ dice Hermética/ no vale
un real/ un pavo/ alguna moneda/
algún duro/ unos morlacos/
menos la voluntad pájara

Convalece en azar la memoria.

Es tu cuerpo tropo del dolor,
polo del propio punto en abismo,
figuración amputada de mi cuerpo.

Roto, pedazo, desmembrado el apetito,
obsesión del deseo,
lugar vasto de muerte tu cuerpo.

Escenificación del horror,
vocabulario ontológico,
atestigua el tiempo mutilado.

(Desgarra ausente la espalda en el espejo.

Irrumpe nostálgica figura claridad.

Así misma el nombre tigre tu figura.

Florece el signo de la sombra rota)

:silencio no sabe la memoria de tu rostro
nada del aire, nada del cementerio
no sabe del abismo y el infierno.

alguien toca el árbol
la infinita lentitud de tiniebla
música de botella sin palomas
llovizna en preludio del vértigo:

en quietud
el esplendor
de la mano
acaricia
el cuerpo
lo frío
que disfraza
tu boca

no estéril
sucia la piedra
fugitivo el rostro
todo encaja
al desfiladero
su sangre

¿Desde cuándo sin tus ojos que miran el espacio de mi pecho?

El polvo se acumula fantasma,
capa niebla que reclama la cálida mirada
memoria infiel, deslumbramiento de alegría la tempestad.

Pereza destroza los muebles, muerde las sábanas,
desgarra virgen luz inerme vida entre sus manos.

Hermética eclipsada.
Hermética adultera.
Dulce ladrido de septiembre
intocada canción de sangre.
Pálida traza rostros macilentos del medio día.

Sentado ante la intemperie Eros,
vacila, fuma los agrios olores,
las postulas de su carne,
los rezos lingüísticos del silencio.

Es, dicen, Son, dice: la muerte que se amarra de los ojos,
depila los cuerpos, hace, de todo, una carnicería del alma.

Hoy tan grande parece tu nombre,
mecnografiarlo es un acto puro.

Hoy amarte es certeza honda,
plegaria triste.
Lucha hermosa de tu voz
contra el dulce encanto de Pereza.

La tentadora y fatídica Hermética florece,
en infancia animal
atiende a los amores del cuerpo.

Se hace polvo bajo las camas tu sombra,
no hay hombros que recuerden tu piel,
ni bocas tibias en las esquinas.

Nada es tan amargo,
cuencas de la noche que las rezanderas
calientan con sus finas manos
mientras la muerte ejercita
los músculos aceitunados de tu carne.

Sobre mesa

Pálida la mano corta

Mala noche

Eucalipto de concha

Pereza herida

Flexible vientre

Guarda embriones desnudos

Perversos perros

Bajo su manga

*Lo primero es dilatar el corazón,
esperar que se detenga,
borrar lo dicho,
las imágenes en la playa,
las olas,
ahogarse idos del mar,
de las luces,
las calles blancas. **trabajar***

Dejar sin traducción los cuerpos,
el oxido sobre la palabra,
la sangre purificada en el mostrador.

Sé que no regresará la noche.

Allá nos devora albea espuma,
Hermética boba baila,
la niebla muerde sus caderas.

Su lenguaje es una mímica torpe,
un templo de arena su carne,
retazo de placeres su voz dibujada.

Antes, qué queda después,
el inevitable golpe,
los detalles, el adjetivo,
la guadaña cortando las raíces,
la lengua dando estocadas,
el cadáver silencioso en la ciudad.

Pagoda tu sombra paciente.
Iluminada duermes,
sentencia de versos,
rasgas las paredes,
cinceles tus dedos destruyen
las notas del destino sin rítmica.

No hay lágrimas,
nada que recordar.

Más allá llega, pasa por la puerta, toma asiento,
miro sus manos temblorosas, una cerveza se derrama,
las cenizas del cigarrillo mentolado caen,
se derrumba la quietud, su voz sepulcro de Dios sentencia,
se rinde la ciudad, Pereza se asoma, descalza corre,
aterrada grita en mis brazos, es un sueño le digo,
el viento filtrándose frío, acechando nuestra infancia: Es sólo
un sueño.

Despierta y bebe de mis tetas la blancura de la noche,
apagas la luz, la penumbra pinta cuerpos,
la roja sangre de mi dolor,
una mujer se acerca a la ventana
trae aromas de jazmines,
de corcholatas oxidadas.

No dejaré que sufras.

Puedes tirarme desde la ventana, dice.

Bailan las ramas del árbol,
en celebración de la ausencia.

Desata con trémula paciencia los hilos que sujetan la mañana.

Es peligroso andar entre una asamblea
de sospechosos cuerpos
que inmóviles y mansos acechan.

He escuchado los murmullos curiosos,
su andar por la habitación desnuda,
no le basta su belleza,
se acomoda en la cama,
sonriente reconoce la ausencia.
Recorro sus olores,
el tiempo marcado en su piel,
las pequeñas fronteras con mis cinco dedos.
Hago un collar de confesiones,
de cansadas palabras que traen tu recuerdo.
Entras absurdamente con la furia de un relámpago.
Con dicha abrazo tu cuerpo.
Mientras trato de seguir todo,
lo escribo como si lo supiera,
como si tú mañana al despertar,
al comprobar que tu aliento es amargo,
me dijeras que todo fue cierto,
que no hay nada que decir,
que tienes la certeza, de que el insomnio,
de que aún la ventana sigue abierta,
que hay un abismo, y el amor no es tan luminoso,
que en silencio al escuchar una marimba lloras,
como si escucharas a Schumann.
Me abrazo a Pereza,
en su cuerpo escribo que no existe nada más luminoso que su
nombre.

En una esquina un gato boxea con su sombra
en interminables sobresaltos,
relame su despellejado cuerpo.

La costumbre es un cuchillo
que espera el contacto con *el corazón*.

Mirar la calle como se mira la espalda de una mujer es un acto perverso.

Perderse entre las líneas de su olvido es encontrar el murmullo ahogado de su distancia.

No hay palabras para combatir la ausencia,
hay tumbas, rosas desojadas,
es septiembre los caracoles hierven en la cacerola.

Leemos en la intemperie un libro de Bioy Casares,
Piazzola sacude la habitación,
hay vino, un par de zapatos bajo el sofá,
un banderín del equipo colgando de la pared,
tanta luz nos ilumina,
tanta sombra en nuestros rostros.

La tristeza se resume en una mirada que parte
que se aleja como si mañana fuera el olvido
la torpe tonada de violines en París,
un mariachi acompañando la soledad
el piano de Monk rompiendo el alba.

Entonces la tarde que llega como escarabajo
el arroyo de tu cuerpo en mi palabra
los vellos rasurados de tu pubis
lengua de vida en el repliegue de la muerte.

Será viernes, será el alcohol que se consume
el aullido del árbol en medio del patio
las aves que buscan tu ombligo
la pereza de estar en ti
en tu ausencia.

Sé de la inutilidad de la cordura
de la acción de calentar el café en el microondas
del juicio que cae sobre nosotros.

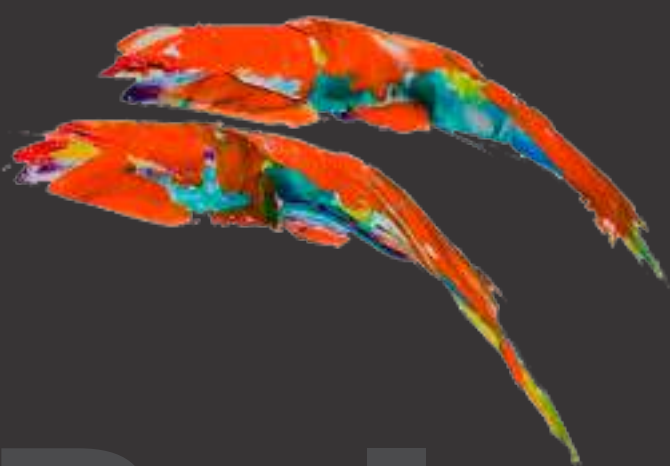
Se puede decir que sé algo sobre lo absoluto
de Pereza desnuda en la sala
sobre su cuerpo en rebelión constante
del cabello que tapa la coladera.

Es decir que no importa cuanto alguien pueda saber
sobre la manera que un rayo cae dos veces en el mismo árbol
la dimensión de una gota de lluvia
lo ordinario de un genocidio
lo perverso en el rostro de Hermética.

Pensar en saber algo tan minúsculo
como el aliento exacto en que cae la tarde
y se desboca un caballo en la pradera
o una bala atraviesa a un hombre.

Sólo pensar eso es infame
no hay pureza de palabra
no hay olas que rompan el mar.

Balada
para Perereza



Balada para Pereza

